

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario partió del Viejo para Granada”

p. 218-222

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes
Tomo I

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

[CAPÍTULO XLII]

De cómo el padre comisario partió del Viejo para Granada

Lunes veintiséis de mayo, segundo día de pascua de pentecostés, habiendo el padre comisario celebrado aquella fiesta con mucha solemnidad y con grande contento y alegría de los indios, salió a prima noche del convento y pueblo del Viejo, camino de Granada, llevando por guía un indio de a caballo, hijo del gobernador de aquella provincia, y andada una legua de camino llano, en que se pasan dos arroyos, llegó a otro bonito pueblo del mismo obispado de Nicaragua y de los mismos indios nauales o *nauatlatos*, llamado Chinandega, de la guardianía del Viejo. Estábanle los indios aguardando a aquella hora con muchos arcos, mucha música de trompetas y campanas; agradecióselo y pasó adelante, y andadas dos leguas y pasadas en ellas dos estancias y un arroyo, se halló en otro razonable pueblo llamado Mazatega, del mismo obispado y de unos indios que hablan una lengua que llaman marivio, visita de frailes mercenarios. Pasó de largo, y andada media legua llegó a otro pueblo de los mismos indios, obispado y visita, llamado Chichigalpa; recogióse en aquel pueblo temiendo un grande aguacero que venía y hizo esto tan a buen tiempo, que luego comenzó a llover y cayó un terrible aguacero y tras aquél otro y otros. Estaba allí uno de los frailes mercenarios cuya era aquella visita, el cual se salió de la casa en que estaba y se la dio al padre comisario, el cual reposó y durmió allí lo restante de la noche, sobre una barbacoa o zarzo y los compañeros sobre unos bancos y petates, excepto uno que colgó una hamaca en un cenadorcillo que estaba a la puerta del aposento y se echó en ella a dormir, y cuando despertó a la mañana se halló aislado, hecho un gran charco de agua debajo de la hamaca que estaba colgada en el aire. Son estas hamacas unas camas que usan en estas partes los indios, y aun muchos españoles en las tierras calientes, especial cuando caminan; comúnmente las hacen de red de cáñamo de la tierra, aunque algunas son de mantas de algodón; todas son largas y anchas, unas más que otras y por las dos puntas del largo se recogen con una lazada o agujero en que atan una cuerda en la una punta y otra en la otra, y destas cuerdas las cuelgan de dos pilares o de dos árboles y queda la hamaca en el aire, y allí se duermen; hacen poco embarazo porque las cogen y llevan los indios a cuestras cuando van camino, y adonde quiera que los toma la noche, aunque sea en el campo, las cuelgan de los árboles como dicho es y en ellas duermen, con que se libran de la humedad de la tierra, que es muy grande, así la de Nicaragua como la de Yucatán, y

de las otras tierras que están en las costas del Mar del Sur y del Mar del Norte.

Martes veintisiete de mayo, tercero día de pascua de pentecostés, salió el padre comisario luego que amaneció de Chichigalpa, y pasado un arroyo y una barranquilla y andada una legua de camino lleno de charcos, llegó a otro buen pueblo del mismo obispado e indios marivios llamado Pozolteca, en el cual los padres mercenarios que les administran los santos sacramentos tienen un conventico de aposentos bajos, cubiertos de paja; allí le recibieron con mucho amor y caridad, dijo luego misa, y habiendo descansado un poco le dieron de almorzar y comer todo junto, con mucho amor y devoción. Las indias de aquel pueblo usan guaipiles como las mexicanas y ellos y ellas andan bien vestidos y todos son gente devota. Por allí, junto a la banda del norte, va una hilera de volcanes, muchos de los cuales echan humo de sí.

El mismo martes, veintisiete de mayo, salió de aquel pueblo el padre comisario cuando salían de misa mayor, por poder hacer jornada antes que viniese el aguacero, y pasado un arroyo y una fuente allí cerca, y andando como un cuarto de legua se halló en un pueblo pequeño llamado Miauagalpa y por otro nombre Pozoltequilla, y andados otros tres cuartos de legua, se halló en otro llamado Cinandega, y andada otra legua en otro llamado asimesmo Cinandega, todos tres de los mismos indios marivios y del mismo obispado, visita también de los mercenarios. A estos dos últimos pueblos no hubo necesidad de allegar (como no la hubo a la vuelta) porque están apartados del camino real, pero fue allá la guía para informarse de los indios por dónde había de ir, porque él no sabía bien la tierra. Prosiguió el padre comisario su viaje, y pasado un río llamado Xiquilapa y dos poblezuelos llamados Cinandegas, muy cercano el uno del otro y ambos de los mismos indios y obispado y visita, que dista el último dellos como media legua de la segunda Cinandega, y andada otra legua toda de camino llano, llegó a otro razonable pueblo llamado Yacacoyaua, del mismo obispado, visita de clérigos, de unos indios que hablan una lengua llamada tacacho, particular en aquella tierra, pasó adelante, y andada otra media legua en que se pasa un arroyo por una barranquilla, llegó a un pueblo llamado Xutiaba, de indios mangles, del mismo obispado, visita también de clérigos, cuatro leguas de Pozolteca; estaba allí un clérigo que le hizo mucha caridad y suplió algunas faltas de los indios. Llevó el padre comisario aquel camino por aquellos pueblos, huyendo de otro que iba por abajo, el cual según le habían dicho tenía ciénagas y mucho lodo, y no le pudiera andar sino con mucho trabajo. Fatigóse demasadamente el calor y sol de aquel día, que fue muy recio, y por mucha prisa que se dio a caminar no pudo escaparse del aguacero,



porque como medio cuarto de legua antes de llegar a Xutiaba, le cogió uno tan recio y con tanta furia, que aunque picó y alargó el paso se mojó toda la ropa y aun fue esto causa de que no pudiese dormir ni sosegar en toda aquella noche.

Miércoles veintiocho de mayo salió de Xutiaba el padre comisario a las dos de la madrugada llevando por guía al mismo indio que sacó del Viejo, el cual pasado un arroyo que no está lejos del pueblo, erró el camino, dejando el derecho que es de carretas, y tomando otro angosto que va a la Mar del Sur, que está dos leguas de allí, y andada más de la una advirtió que no iba bien, y para volver a entrar en el camino real hizo andar al padre comisario perdido más de otra, atravesando sendillas y caminillos por unas sabanas sin poder atinar allá ni saber por dónde le llevaba, con una obscuridad muy grande que desatinaba, porque no se vía palmo de tierra; quiso Dios que a las voces que la guía iba dando le respondió el fraile lego que iba con el hato, el cual, aunque partió de Xutiaba muy después que el padre comisario, había ya pasado adelante por haber ido por el camino derecho, al cual al fin atinó la guía, con que no poco consuelo recibieron el padre comisario y sus compañeros; después le perdió otra vez, pero echóse presto de ver el yerro, y así presto volvió a él, y el padre comisario, pasada una mala barranquilla, llegó a una estancia que está no más de legua y media de Xutiaba, habiendo andado aquella madrugada más de tres. Pasó de largo, que aún no había amanecido, y andada otra legua larga de camino llano, dejó a la banda del norte el camino que va a la cibdad de León y tomó el que va a Granada, y pasadas cinco o seis estancias de vacas y de yeguas y por junto a un poblecito de indios mangues llamado Mabiti, visita de clérigos del mismo obispado, llegó muy cansado, lleno de calor y fuego y muy desmayado, a otro poblezuelo de los mismos indios, obispado y visita, llamado Nagarote, media legua de Mabiti y seis y media de la primera estancia y ocho de Xutiaba; no había en aquel pueblo qué comer, que perecían los indios de hambre así en él como en los demás hasta Granada, con todo esto buscaron unos huevos y zapotes colorados mal maduros, y tortillas de maíz, con que el padre comisario tomó su necesidad, y lo mismo hicieron sus compañeros, que para todos proveyó el Señor. Desde allí se volvió a su casa la guía del Viejo, porque no perdiese otra vez el camino; en aquellas ocho leguas no hay otra agua en el camino más del arroyo sobredicho, pero no faltó aquel día del cielo, porque a las tres leguas, al pasar de una barranca, cayó un aguacero con que quedaron mojados los mantos y aun más adelante.

Jueves veintinueve de mayo salió el padre comisario a las tres de la mañana de Nagarote con muy buen tiempo, y pasada allí junto una



estancia y después unas barranquillas y cuestas, bajó una muy larga y empinada y de no muy sabroso camino, y andadas tres leguas y media llegó a las ocho a otro pueblo razonable de los mismos indios, obispado y visita, llamado Matiara, donde se le hizo mucha caridad y regalo de muchas y muy buenas mojarra que le dieron los indios para aquel día y el siguiente; detúvose allí hasta la tarde.

Está aquel pueblo fundado junto a una laguna que dicen de León, la cual es grande, de quince y más leguas de largo y de seis y más de ancho; por algunas partes es de agua dulce, muy buena para beber y péscanse en ella muchas y muy buenas mojarra y críanse muchos y muy grandes lagartos que hacen todo el daño que pueden; por aquella laguna se llevan en barcos las mercaderías y otras cosas desde la cibdad de León hasta aquel pueblo de Matiara y hasta otro que está más adelante llamado Managua, junto a la misma laguna, y desde allí en carretas hasta Granada.

En la cibdad de León reside, como dicho es, el obispado de Nicaragua, y allí también suele estar el gobernador de aquella provincia. Está fundada aquella cibdad junto de la laguna sobredicha y hay en ella un convento de frailes mercenarios. Vase arruinando y despoblando León, de tal suerte, que la casa que se cae nunca más la levantan ni reedifican; vanse los vecinos disminuyendo y apocando cada día, unos por muerte y otros que se van a morar a Granada, y dicen todos que es esto juicio grande de Dios y castigo de su mano por la muerte que dieron los años pasados en aquella cibdad dos hermanos al obispo que entonces era de Nicaragua.

Aquel mismo día veintinueve de mayo a las tres de la tarde, dejando olvidadas las mojarra que los indios habían dado para el día siguiente, salió el padre comisario de Matiara, y andadas otras tres leguas y media llegó al ponerse el sol a otro buen pueblo del mismo obispado llamado Managua, de indios nauales que hablan la lengua mexicana carrupta. Dióle de cenar y hízole mucha caridad y regalo el beneficiado de aquel pueblo, que era un clérigo muy honrado y devoto. También acudieron bien los indios con mucha devoción, y detúvose allí el padre comisario aquella noche. Topó aquella tarde un indio ciego a caballo con tres hijuelos, uno delante y dos detrás en el mismo caballo; iba su mujer en otro guiándolos; eran de Granada y caminaban para El Viejo, donde había mucho maíz y qué comer, deseosos de matar la hambre. No llovió aquella tarde y hubo buen camino, excepto que por ir por un atajo se pasó una cuesta que tenía mala la bajada, al pie de la cual, junto al mismo camino, nace una fuente que no lejos de allí entra en la laguna de León

sobredicha, en cuya ribera está fundado el pueblo de Managua, en el cual cogen los indios mucha y muy buena grana en polvo.

Viernes treinta de mayo salió de Managua el padre comisario a las dos de la madrugada, y andadas dos leguas pasó por un rancho, que es una casa de paja hecha en el mismo camino, y andadas después otras dos leguas y media, dejando el volcán tan nombrado de Masaya a la banda del sur, no muy apartado del camino, llegó al salir el sol a un bonito pueblo de indios mangués, del mismo obispado, visita de clérigos, llamado Nindiri; pasó de largo y andada media legua en que se pasa una cuesta, llegó a otro pueblo de los mismos indios, obispado y visita, llamado Masaya. Padecían los indios de aquel pueblo mucha hambre y necesidad y así le dieron muy ruin recado; el clérigo, que no era muy devoto, en sabiendo la llegada del padre comisario se fue del pueblo sin verle ni hacer ningún cumplimiento, pero el Señor remedió esta necesidad, porque una matrona noble, encomendera de aquel pueblo, que acaso había llegado allí, proveyó la comida, y a la tarde llegó el guardián de Granada con bizcocho y pan de Castilla, y así se suplió y remedió la falta del clérigo y de sus feligreses. Volvióse el guardián aquella misma tarde a su casa, y por estar el padre comisario muy cansado se detuvo en Masaya aquella noche.

[CAPÍTULO XLIII]

Del volcán de Masaya y laguna de Nindiri

Antes de llegar a Nindiri está, como queda dicho, a la banda del sur, el volcán tan nombrado de Masaya, el cual solía echar de noche de sí tan gran fuego y resplandor, que, según dicen, se podía con su lumbre leer una carta estando cuatro leguas y más apartados dél; aquel fuego y resplandor es de un metal que continuamente de noche y de día está allí dentro ardiendo y hirviendo, y sale por una gran boca que tiene en la cumbre; quisieron en tiempos pasados ver lo que era y para saberlo, metieron con cierto artificio una cadena de hierro muy gruesa con una manera de cubo asimesmo de hierro al cabo, con que pensaban sacar de aquel metal, pero en llegando abajo la cadena y cubo lo cortó todo el fuego y lo deshizo, como si fuera de melcocha, y así hasta el día de hoy no se sabe qué metal sea aquél. Hase ido consumiendo y gastando poco a poco y ya no echa de sí sino muy poca lumbre y resplandor, pero despide de